

II

EL CANTO DE LA GUERRA

El ejército es músculo de hierro,
que tempestades de vigor desata
sobre los grandes pueblos de la Historia.
¿Quién rompe el triste y ominoso encierro?
¿quién, la cadena que á los pueblos ata?
¿Quién violenta las puertas de la gloria
y descerraja el calabozo obscuro,
arrojando los ídolos á tierra,
conjurando las albas del futuro
contra las noches de hoy? ¡Sólo la guerra!

Y guerrear es vivir,—la vida es lucha.
Aún, como el torrente que los campos
furioso asalta, rebramar se escucha
al pueblo rey, que en su marcial camino
iba rompiendo con sangrientos lampos
la tempestuosa noche del Destino.
Aún, entre las clásicas lecciones
del docto pueblo heleno, se oye el canto
de Homero á las beligeras legiones
de los dos lustros de fragor y espanto.
Aún la voz del luchador, que en donde
se enseñaba á pensar, alta corona

alcanzaba en su olímpico deseo:
¡voz de victoria, á la que aún responde,
como eco eterno que vigor pregona,
la enronquecida voz del Coliseo!...

La guerra es tempestad que se desata
á las plantas de Dios; y que al pigmeo
hasta las plantas de su Dios encumbra:
¡Júpiter vibra el rayo con que mata;
Jehová vibra el rayo con que alumbral

Grande es morir; mas con la frente enhiesta
en heroica actitud, interrogando,
al Destino con labios de protesta:
más vale el pueblo que murió luchando
que el que sólo vivió, de fiesta en fiesta,
en la enervante paz del ocio blando....

El pueblo que sus cóleras sepulta
en vil resignación, turba de abyectos:
no, no es esa la paz; ¡esa que oculta,
bajo del mármol frío, hervor de insectos!

Cuando la sacra idea
de paz universal vibre sus palmas,
mil otras liras vibrarán sus notas,
á cuyos ecos vibrarán las almas.
Hoy canta, ¡oh musa! la feral pelea
y á BOLOGNESI como ayer á Aquiles;
que en el mar de visiones en que flotas,
no asoman ni siquiera los perfiles
de esas nuevas Américas remotas....

Digno es el héroe que la vida exhala
por la patria, que cantes su querella.

Canta la guerra, sí; ríndete á ella:
¡justo es que la condenes, porque es mala;
y justo es que la cantes, porque es bella!

La guerra con que Chile, el cóndor fiero,
acosara al Perú, que aunque vencido
deslumbró como el héroe á la Victoria,
no ha sido por blasón de caballero,
por la mujer de Menelao no ha sido:
ha sido por sentencia de la Historia.

Conquistador impulso abrigó el pecho
de Chile siempre; el del Perú la gloria
de sostener al débil contra el fuerte.
Diga Dios de que parte está el derecho:
¿lo está del Horoismo ó de la muerte?

La espada napoleónica que un día
—relámpago de sangre en noche umbría—
trazó linderos ensanchando zonas,
conquistadora fué; porque á su paso,
si ignorándolo acaso
libertó pueblos, conquistó coronas!
¡Ahl la Prusia después, como un torrenre,
violó la sepultura del coloso;
y con voz de cañones elocuente
turbó del héroe el último reposo,
para decirle que no valen nada
las conquistas jamás, y que el glorioso
pueblo, en que un día relumbró su espada,
veía al fin por extranjera gente
hasta su propia tierra desmembrada!..

¡Mas no el ardor de apostrofar inflame
el alma de la musa; y que, serena

como el cielo purísimo, derrame
luz y no sombras en el ancha arenal

La Guerra del Pacífico es proeza
que apenas pudo Marte haber soñado,
ya que es sueño la vida de los hombres...
Con el arrojo de ESPINAR empieza;
concluye con la fe de LEONCIO PRADO;
y se llena con GRAU; ¡bastan tres nombres!

El Perú de ESPINAR corre á la cumbre:
es el que á coronar la cumbre aspira;
el que busca la gloria; el que no mira,
como rueda á sus pies la muchedumbre;
y sube, y sube, hasta que al fin espira.
El Perú del estoico LEONCIO PRADO
es el que sonríe de su suerte:
es el que apura el néctar, sosegado,
hasta hacer la señal, cual buen soldado,
con que marca el instante de su muerte! (1)

¡Oh GRAU! Tu «Huáscar», redentor despojo
que envuelve el patrio pabellón parece.
El mar, que con la sangre se enrojece,
bandera bicolor finge en las brumas:
la sangre pone el rojo;
y el mar pone el albor de sus espumas!

(1) El comandante Ladislao Espinar murió coronando la cumbre de San Francisco en desigual batalla. (1879)

El coronel Leoncio Prado fué fusilado, después de haber caído prisionero en la batalla de Huamachuco: bebió una tasa de café, ante el pelotón de soldados que lo ultimara, y dió él mismo la señal de la descarga al concluir su predilecto néctar. (1883)

Como el eco á la nota,
iba la Gloria misteriosa y grave
siguiéndote dó quier, siempre atraída:
era cual una celestial gaviota
que seguía la marcha de tu nave,
á través de las brumas de la Vida...

¡Oh GRAU, la musa que el ardor celebra
de BOLOGNESI, el último espartano,
postrado ante el altar en que te mira,
como vestal que quiebra
la sacra leña con robusta mano,
muda de admiración, rompe la lira!

¡Oh musa, canta! Pero no... detente;
que tu labio, marchito
de sed y de dolor, apenas siente
la horrorosa ansiedad de dar un grito!...

III

EL MORRO Y EL HÉROE

El escarnado Morro que la frente,
por los marinos vientos azotada,
yergue con orgulloso continente,
parecía inclinarse reverente
bajo el peso glorioso de una espada...
Más que to los los siglos de su historia,
más que todas las rudas tempestades,
más que todo el fragor de las edades...
el peso lo abrumó de tanta gloria!

¡Pero no! Bajo el héroe se sentía;
y cual corcel, que altivo caballero
con ágil rienda diestramente guía,
el Morro,—que mil veces cabalgado
por el negro Huracán mostróse austero,—
al sentir sobre sí la bizzaría
del inmortal soldado,
ansiaba como nunca entusiasmado
subir más á los cielos todavía!

El Morro, frente al mar, en sus anhelos
de dominarle todo, parecía
nave, que, entre horrosos cataclismos,

hundióse para atrás en los abismos,
levantando la proa hasta los cielos!...

¡Ya lo azotaba el huracán rugiente,
ya el irritado mar inútilmente:
el Morro, rechazando los embates,
desgastados los pies, rota la frente,
era como un titán sobreviviente,
como un héroe inmortal de cien combates!

Pedestal del glorioso sacrificio,
se alzaba con el ansia que enardece
en la batalla el pecho del soldado:
porque él era el Satán del precipicio,
que ante la boca del peligro crece
y se alza, como un pueblo, sublevado.
¡Ansia sentía de escapar del suelo;
y bajo el pie del varonil soldado,
parecía, en las brumas, el crispado
puño de Ajax amenazando al cielo!

Y ya al Morro, la Suerte
señalado el futuro le tenía
con el dedo sombrío de la Muerte.
Entre su corazón, guardado había,
los mortales despojos de una oscura
raza infeliz que lo poblara un día;
y así predestinado, en la futura
noche del tiempo, á la batalla impía,
era el Morro ¡una inmensa sepultura!

¿Por qué quiso la Suerte que en la cumbre
del Morro fuera la feral batalla?
¡Ah! ¡La vivaz y cegadora lumbre
del rayo matador, en dónde estalla?

¿En dónde rasga de la sombra el seno
el puñal del relámpago furente?
¿En dónde bate su atambor el trueno?

La batalla radió sobre la frente
del Morro, que eminente
se destaca en las vastas soledades;
porque ¡para las cumbres solamente
han hecho su fulgor las tempestades!...

Y el héroe estaba allí.

Cual roble erguido
en campo de verdor; cual brava cumbre
en voluptuosa y lánguida llanura;
cual grito de cañón entre rúido
de batalla campal; y cual vislumbre
de un rayo en medio de una noche oscura, —
sobresalía el héroe entre las tropas
que lo rodeaban: su marcial figura
por do quier esparcía resplandores,
como licor las rebalsadas copas,
como perfume las abiertas flores....

Cien héroes más á su redor, á modo
de mariposas en constante gira
al redor de la luz, —colmaban todo,
el campo, el cielo, el mar, de los reflejos
del héroe erguido ahí, como una pira
refractando su lumbre en cien espejos...

Grandes eran las almas,
merecedoras de eternas palmas
é inmarcesibles lauros, que la Suerte
quiso ante el mar y el cielo unir entonces.

como regalo que ofreció á la Muerte
hablando por la boca de los bronce;
pero, ¡ahl si no brillara, como faro
de ensangrentada gloria, el héroe altivo,
que iluminó con el postrer disparo
la negra noche del peñón cautivo,
menos valdrían, menos, tal vez nada,—
cual nada valen las figuras bellas
que ornamentan el puño de una espada,
si la espada también no es digna de ellas!

¡El héroe! ¡él es! La musa consternada
fija su triste y húmeda mirada
en el héroe inmortal: le reconoce;
y tiembla, al modo de la novia amada
que sufre en medio de su propio goce...

¡El es! Y está vestido
con el traje de Aquiles en la Iliada:
es un griego y ¡es él! De su pisada
y de sus armas el enorme ruido,
dice: poder y orgullo; de su aliento
el calor, con que empañá
las vaguedades húmedas del viento,
dice: arrojo y salud; y de su extraña
musculatura de titán, el fuerte
molde en que fué vaciada, dice: gloria.
¡Es el vencedor! Su gran victoria
es rodar abrazado de la Muerte,
por lo candente arena de la Historia...

Ciñe á su pecho fúlgida coraza,
que siempre indiferente á la amenaza
é impenetrable para el golpe ha sido;

y á su indomable frente,
ciñe crinado yelmo reluciente
de abundoso penacho enriquecido.
Bruñidas grevas cubren sus rodillas;
lanza pujante y poderosa espada,
que saltarán al choque hechas astillas
de la diestra crispada,
esperan el fragor apetecido
que truena en las estrofas de la Iliada.
Rotas lanza y espada, el héroe entonces
fiará su broquel; ¡ese que ha sido
hecho con siete pieles, revestido
por tres ingentes láminas de bronce!

¡Es el héroe! Es el último espartano,
es BOLOGNESI, es el viril guerrero,
que, suspenso entre el cielo y el oceano,
resucitó la gloria del acero
que gozaba al sentirse entre su mano.

Mas... la visión del héroe no es aquella
que le muestra de Aquiles heredero,
cuando no tuvo su feliz estrella;
no estaba, como Aquiles, tan armado.
Sin armas casi combatió; mas pudo
caer sobre su escudo de soldado:
¡sobre su corazón, que era su escudo!

Es el titán... ¡Cómo en su pecho late
más que el odio, el amor hacia la gloria,
fuera más que su empuje en el combate,
su generosidad en la victoria!
Aunque en la lucha fiera
vibra su acero, segador de vidas,

rasgaría en girones su bandera,
para vendar con ella las heridas
del enemigo que á sus pies cayera!...

En su alma bulle generoso fuego,
que es luz de glorias en la noche oscura;
y también como su alma, su figura,
de viril expresión es la de un griego!

Sobre el negro caballo
de ancho tórax y de anca reluciente,
que asienta firme su chispeante callo,
y tiembla, relinchando en sus ardores,
con esos sutilísimos temblores
que recorren la piel rápidamente,—
destácase el anciano,
sentado á plomo en él, alta la frente,
fija la rienda en la siniestra mano
y la espada en la diestra. El kepis de oro,
tres veces galoneado, cubre aquella
frente, como un blasón sobre un tesoro;
bajo dél se adivinan las ya vanas
reliquias de un pasado, que destella
con plateados fulgores; son sus canas...
el semblante arrugado,
de afilada nariz y grandes ojos,
es reliquia también de ese pasado;
pero en el fondo de su pecho late
un corazón jamás envejecido,
que cuando siente el hielo del olvido
Vuela á buscar el fuego del combate!

Tal es el hermoso anciano,
que siempre tuvo en el feral embate

—más valiente que Aquiles, ya que el griego
gozaba de los dioses el socorro—
frente de cumbre y corazón de fuego;
que no por cierto en vano
¡nació al pie de un volcán; murió en un morro! (1).

(2) Aseguran varios biógrafos que el coronel Francisco Bolognesi nació al pie del Misti.

IV

EN ESPERA

Sólo quince centenas de soldados
escoltan al titán; son la semilla
cogida en los graneros á puñados,
para las grandes siembras de la Historia..
¡Fingen un nubarrón, en el que brilla
aquel anciano como un sol de gloria!

Al frente de los breves batallones
resaltan capitanes denodados,
¡qué ejemplo son de militar civismo:
parece que esos grandes corazones
fueran sólo pedazos de uno mismo!
ARIA, UGARTE, ICLÁN y MORE, y tantos,
se yerguen impasibles en la altura,
cual víctimas que miran sin espantos,
bajo sus pies, cavar su sepultura...

La tropa desgredada, hecha pedazos
la tosca vestitura,
esperando su cruz se abre de brazos;
y así la Muerte, en su furor salvaje,
sentirá sin querer, los regocijos
de la viajera que al llegar del viaje
va á caer en los brazos de sus hijos.

El héroe es como el ídolo encumbrado
de un templo fabuloso: le son gratas
las ofrendas del último soldado;
y aquellos capitanes con su ejemplo
sostienen como firmes columnatas.
esa tropa, que es bóveda del templo!

La tropa hambrienta, pero siempre erguida,
no implora una limosna de la Suerte;
es como una avanzada de la Vida
que presenta sus armas á la Muerte!...

¡Ay! ella sufre, pero no se abate:
ufana de sus viejas cicatrices,
otras tantas banderas de combate,
hace, desnuda, de sus rojos trapos,
como huelga de obreros infelices
que tienen la altivez de sus harapos!

¡Son tan pocos!... Y en vano la mirada
espacia el héroe por dó quier: no llega
refuerzo alguno. Soledad callada;
cúspide muda; silenciosa vega;
campaña sin rumor... ¡En vano, en vano,
se esfuerza por oír otro murmullo
que no sea el murmullo del oceano!

¡Ah! parece el silencio con que el fuerte
desprecia al débil, desde su alto orgullo.
Ni un vago, inquieto son; ni un leve ruido:
es el hondo silencio de la Muerte,
¡el sueño profundo del Olvido!..

La ola apenas en los pies estalla
del Morro; que hasta el mar sobrecogido

ahoga sus fragores de batalla
y expresa su dolor en un gemido...

La campiña, á las plantas extendida
de la imponente y erizada roca,
es ancha mesa que al festín convida,
sábana abierta que al placer provoca.
¡Por ahí llegarán!... Mas el acento
con que el titán á sus hermanos llama,
cual copa de sonidos, se derrama
sólo en la hinchada vanidad del viento...
¡Nadie responde á su clamor! La impía
Suerte, que en ira y en dolor lo inflama,
está sorda también... Tal en un día
el loco, que las calles recorría
de lo sacra ciudad, sin hallar eco
—¡Ay de Jerusalem! ¡Ay!—repetía...

Súbito ancho rumor pobló los campos!...
El mar, de pronto retumbó en el hueco
del socavado Morro; nube oscura
vibró su trueno entre siniestros lampos;
y un viento de furor silbó en la anchura...

El héroe, sus gloriosos capitanes,
la tropa entera en pie, clavan los ojos
en el vago confin de la campiña.
¡Al fin están colmados sus afanes!
¡Llega el refuerzo al fin! Y ya despojos
no serán de las aves de rapiña!

¡Oh placer engañoso! ¡Oh espejismo
de perpetua ilusión, que finges palmas
donde hay tiniebla y soledad de abismo!

¡Oh sarcasmo cruel: tú eres el mismo,
El mismo en los desiertos que en las almas!

El ruido aquel—¡ay!—no era
de guerreros amigos... Los corceles
alzan, en sus beligeros tropes
el ronco son de la veloz carrera...
Los infantes los siguen: el estruendo
de sus aceros lo ensordece todo;
y en rápida invasión corren á modo
de un torrente de cólera rugiendo...
Arrastrados los lóbregos cañones
entre nubes de polvo, cada rueda
cruje y lanza al girar ásperos sonos...
¡Un eco de fragor rodando queda,
por detrás de esas bárbaras legiones!

¿Quiénes son? En sus rígidos semblantes
de cóndores adustos, se adivina
el ansia con que acaso los gigantes
provocaron la cólera divina...
¡Los invasores son! Es la de Chile
huracanada hueste... Que ya es hora
que el Cóndor triunfador su garra afile
en ¡as sienas del Morro; y que destile,
bajo esa garra, sangre redentora!

El héroe, sus gloriosos capitanes,
la tropa entera en pie, cogen sus armas;
porque sienten nacer otros afanes,
al oír el clarín de las alarmas
Que truena con la voz de cien titanes...

Todos piensan igual. Todos la copa
beben de igual dolor hasta las heces:

el héroe anciano y la revuelta tropa.
Cinco veces mayor el acampado
enemigo es al fin... Y cinco veces
crece dentro de sí cada soldado!

Triunfaron los aquivos: los aquivos
eran diez veces más que los troyanos.
Vencidos fueron por los persas luego;
mas no quedaron en la lucha vivos
los únicos trescientos espartanos.
Aunque igual bosque de laureles brota
en ambos campos de heroísmo griego,
vale más que aquel triunfo esta derrota!

¡Ah, ya está todo en el lugar que quiso
señalarle la Suerte desgraciada!...
El invasor al pie, cual replegada
ola pronto á saltar; en la alta cumbre,
el héroe, cual relámpago indeciso
que anuncia tempestades, con la lumbré
de su vibrante espada;
el mar sembrado de enemigas naves
súbitamente, que al volar semejan
las arrancadas plumas de las aves
que por los vientos arrastrar se dejan;
y arriba, arriba, el cielo aletargado
como un bostezo eterno: es cual losa
suspensa de un sepulcro. ¡La amorosa
madre naturaleza ha bostezado
porque presiente el sueño de la fosal

Resaltando en la cumbre, el héroe se halla
en serena actitud: la Suerte impía
lo amenaza á la vez por mar y tierra.
¿De qué sino de blanco á la metralla

el débil «Manco-Cápac» serviría,
miseró cascarón armado en guerra,
que es sólo escarnio de la mar bravía?

El griego de las Termópilas tenía
la defensa del áspera quebrada;
y pudo ver al golpe de su espada,
veinte millares de hombres en un día
rodando por la arena ensangrentada...

BOLOGNESI en la cumbre suspendido
hállase ante la escuadra fragorosa,
como ante un cazador pendiente un nido.
Y bajar de la cumbre fuera en vano,
ya que innúmera hueste al pie lo acosa.
¿Más qué le importará, si otro es su anhelo?
No podrá el héroe descender al llano;
pero podrá subir: ¡subir al cielo!

Parece, ¡ay! el titán de las montañas
que las iras de Júpiter provoca:
atado se halla á la pelada roca
y el Cóndor le devora las entrañas;
pero también, como en la vieja historia
del rebelde titán que así sufría,
ha de arrancarle al cielo, en su agonía,
una chispa inmortal: ¡la de su gloria!

Expuesto en las desnudas soledades,
no de un desfiladero en las guaridas,
soporta las sangrientas tempestades:
¡por eso en que la voz de las edades
lo aclamará más grande que Leonidas!...

V

EL ULTIMO CARTUCHO

¡De pronto, un mensajero!

Es que la Suerte
quiere á veces jugarse con la Muerte,
entre esperanzas de irritante gozo,
como juega el albor de la mañana
en el turbio cristal de la ventana
de un lóbrego y profundo calabozo...

Cinco veces mayor, el enemigo
quiso enviar al héroe un mensajero
de prometida paz. ¡Ah! ¿Cómo al fiero
huracán resistirse del castigo,
iba el puñado aquel? Y la esperanza
cómo iba á desdeñar, cuando el acero
suspenso estaba de feroz venganza?

Escoge el enemigo á un denodado
capitán de pulquérrimos blasones
é insospechable fe: joven soldado
que en su rauda corcel, avanza, avanza,
por entre las intrépidas legiones,
hasta llegar al héroe; y conmovido
—¡Salvo es el nombre—dícele—que tengo;
y expresar con mi nombre os he querido
esta misión de paz en la que vengo!—

—¡Seguidme!—dice el héroe; y lo adelanta
lleno de magestad, por breve senda,
con porte airoso y con segura planta...

¡Ya están los dos en la cerrada tienda!

Y no á befasarse del anciano vino
el mensajero aquel; y de su lengua
no cayeron insultos, como gotas
de sangre del puñal de un asesino.
¡Ah! no le habló de irritadora mengua,
sino de las estériles derrotas
que ni afligen ni ablandan al Destino.
Su palabra mostróle la ya cierta
derrota luego; y le enseñó el camino
de honrada salvación: dejar la pláza.
Y breve, breve fué, como un alerta,
¡no como una amenaza!...

Después que lo escuchó, ligera mano
pasóse el héroe por el ancha frente;
las cejas enarcó súbitamente;
pero, al pensar que se enojaba en vano,
díjole así tranquilo y sonriente:
—Tengo apenas un grupo de soldados;
pero tengo á la vez los más sagrados
deberes que cumplir: la voz escucho
de mi conciencia que morir me manda;
y moriré... después que en la demanda
¡haya quemado el último cartucho!—

Sencilla así y sublime, como el verso
con que el poema de Moisés empieza
su frase fué. Fué el dorso, fué el reverso
de aquellos elocuentes y famosos

discursos de plerónica belleza,
con que hablan los bélicos colosos
de la Iliada inmortal. Grabar debía
la Patria en su mármoleo cenotafio
esa frase de heróica bizzarria,
que, como el sacrificio presentia,
¡tuvo la brevedad de un epitafio!...

El sorprendido SALVO pudo apenas
balbucear frases de pesar: veía
que ancho sepulcro ante los pies se abría
de ese héroe, en cuyas venas
la misma sangre circulaba acaso
que en las del hijo de Peleo un día.
Y sintió... ¿qué sintió? Lo que se siente
ante el sol, cuando se hunde en el ocaso,
como en la tumba ensangrentada frente...

En silencio los dos, así un instante
contémplanse á la vez. Luego al anciano
tiende la mano el joven anhelante,
y estrecha en ella la rugosa mano
del tranquilo gigante...

—Aguardad—dice el héroe,—yo os lo ruego:
no estoy solo, en verdad; y es deber mio
consultar mi respuesta. Volved luego;
ó mejor... esperad, porque ya ansío
de una vez concluir. Venga la junta,
aquí mismo, ante vos; y que decida
si supe contestar vuestra pregunta
y si supe escoger. ¡O muerte, ó vida!—

Prontos instantes luego
empezaron del héroe á la presencia,
á llegar sus gloriosos capitanes:

MORE el primero fué, con el sosiego
del que marcha, serena la conciencia,
á la coronación de sus afanes;
y luego UGARTE, con la faz tranquila,
de plena juventud en los deseos,
fulminando la luz de su pupila
por entre el resplandor de los arreos;
é INCLÁN después, con la modestia suma
de un astro casi oculto; y el anciano
ARIAS, que al peso de la edad se abruma
y en la espada viril sienta la mano;
y O'DÓNOVAN gallardo y sonriente,
BLONDELL dominador, ZAVALA ufano...
¡Todos peruanos son! Y solamente
entre el clásico grupo, un argentino
yergue á los cielos la preclara frente:
¡es SAÉNZ PEÑAL! En su febril mirada
de ardiente juventud, brilla el destino
que en los grandes espíritus chispea;
hijo de San Martín, su misma espada
¡es la espada inmortal de Necochea!

Rinda parias el Arte á la hermosura
de ese grupo de excelsos capitanes,
en donde, con hierática apostura,
BOLOGNESI destaca su figura,
como un dios en un grupo de titanes...
Prenda el Arte la lámpara del númen
en el mejor altar, y cante gloria:
ese clásico grupo es el resumen
¡de los trescientos de inmortal memorial!
¿A dónde el bronce colosal, á dónde
que apologice el alma que se esconde
en el reto lanzado á la victoria;
que interprete el afán de la respuesta

de esos desesperados paladines;
y que exprese el vigor de esa protesta,
más alta que la voz de cien clarines?...

El grupo, en torno sus miradas gira;
y un solo bronce que lo copie no halla:
¡y ese grupo es el grupo en que se mira
el nubarrón que en el combate estalla!
¡Ah! para cuando reservar entonces
el verbo ensalzador de la batalla?
Sólo la lira canta; ella se inspira;
ella es la redentora de los broncees,
¡ya que es de bronce el arco de la lira!...

Y ahí también, á un lado,
SALVO ese grupo respetuoso admira;
y se siente crecer ante el ejemplo,
como bajo el castigo el buen soldado:
su cabeza inclinada y descubierta
como la del idólatra en el templo,
recibe el sol por la ventana abierta;
y su mirada, á veces, busca el campo,
que se encuadra en el marco de la puerta...

¡El héroe, en medio! De su nivea barba
apriónase el ampo
con mano nerviosísima; en su frente,
cual labrador que la campiña escarba,
surcos ahonda el ímpetu furente
que anardece su espíritu; en sus ojos,
hay un rayo de sol resplandeciente,
que fulmina altivez y vibra enojos;
en su actitud airada,
se ve el deseo que en su pecho late;
y en su cintura, la ceñida espada

¡tiene estremecimientos de combate!...

En amplio semicírculo, á su frente
los bravos capitanes... Es el coro
que forma Homero de la aquiva gente
en la junta inmortal, en que el sonoro
rayo vibra de Aquiles impaciente.

Habla el héroe:—Ha venido un mensajero
de la enemiga tropa: en una mano
trae la oliva de la paz; y al mismo
tiempo en la otra vengativo acero...
Dejar la plaza me ha exigido en vano:
en nombre del rebelde patriotismo
que siempre alienta el corazón peruano,
le he respondido que la lucha quiero
y no la rendición... Fuera egoísmo,
egoísmo de gloria, en un anciano,
sacrificar vuestras sagradas vidas
sin otros primero.

¡Vosotros escoged! No hubo espartano
que no siguiera el rumbo de Leonidas:
os lo recuerdo; más quién sabe acaso
si no es bueno seguir, cuando están llenas
de juventud las almas, al que un paso
le resta dar hacia la tumba apenas!...

Mientras así decía,
como en una patriótica ironía,
por sus hinchadas juveniles venas
¡en copioso raudal la sangre hervía!
Cesó su voz vibrante,
como una tempestad de amargas quejas;

y se enarcaron las viriles cejas
en su rostro de Júpiter Tonante.

—¡Vuestra opinión es mía!—dice entonces
el magestuoso MORE; y todos.—¡Mía!—
prorrumpan á la vez: la vocería
es cual si echasen á volar los broncees...

Y no ardió discusión ni surgió enojo
entre el Poder, la Ciencia y el Arrojo,
como en la junta que de Homero el númen
en exámetros canta varoniles;
porque el gran BOLOGNESI era el resumen
de Agamenón, de Néstor y de Aquiles:
así encarnaba el héroe americano
la magestad de Agamenón de Atreo,
la experiencia de Néstor el anciano
¡y el arrojo del hijo de Peleo!

SALVO siempre en suspenso, ve la airada
tempestad estallar, con cejijunto
rostro de horror. Clavando una mirada
en esa extraña faz, el héroe al punto
desnuda con estrépito su espada,
y señalando el campo, que la puerta
deja entrever, con la actitud del guía
que muestra un rumbo en la extensión desierta.
—Ya sabéis—dice—¡la respuesta mía!
Yo rendirme no sé, yo siempre lucho
á vencer ó morir; decid que es ésta
mi irrevocable y única respuesta:
¡quemaremos el último cartucho!—

No expresó más ese viril deseo
que arde en los heroísmos sobrehumanos,

el epitafio que el cantor de Ceo
¡consagró á los trescientos espartanos!

El epitafio aquel del pasajero
que va á decir á Esparta cómo el fiero
Leonidas cumple su deber,—se abate,
se humilla, palidece, ante este grito,
que parece retar al infinito
¡con el último estruendo del combate!...

SALVO, al oír tan varonil respuesta
abrió los ojos, de sorpresa mudo;
y ante el grupo inmortal, apenas pudo,
viendo del héroe la figura enhiesta,
doblegar la cabeza en un saludo:
¡Y fué ese arranque de sorpresa el mismo
con que después, tras el combate rudo,
saludó la Victoria al Heroísmo!...